

Artículo 23 del reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana

ARTÍCULO 23: “La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

AGRADECIMIENTOS

En principio, quiero agradecer sinceramente a mi asesor de trabajo de grado, el profesor Oscar Manuel Escamilla. Su orientación, motivación y persistencia fueron fundamentales para la realización de este extenso trabajo. Puedo decir que me siento en deuda con él por todo lo que logró enseñarme durante estos meses.

A Hadeer y a Sid, quienes además de ser los protagonistas de este reportaje fueron dos personas que me compartieron un poco de su cultura y me ofrecieron otra visión de Bogotá al permitirme salir de la rutina durante estos meses.

Agradezco inmensamente a mis padres, pues ellos me brindaron apoyo en momentos en que me sentí detenida. Igualmente les debo a ellos mi formación como persona y estudiante al darme la oportunidad de estudiar en una excelente institución como lo es la Pontificia Universidad Javeriana.

Finalmente, le agradezco a la Universidad y a las personas que me formaron académicamente durante estos cinco años, para alcanzar un futuro profesional exitoso y poder dejar el nombre de la institución en alto.

Gracias inmensas.

Firma

ÍNDICE

Capítulo 1. Introducción: El Aiesec y el reportaje	¡Error! Marcador no definido.2
Capítulo 2. Hadeer, la chica del velo rojo	5
2.1 Una noche inhabitual	30
2.1 Arepas y Falafel, inc.	38
2.3 Jazz en chapinero	43
2.4 “I met Colombia, not Columbia”	46
Capítulo 3. Sid, el indio psicodélico	52
3.1 “House is our nation”	58
3.1 Thik-raho.....	64
3.3 Un guía turístico indio	67
3.4 Un poco de India en Bogotá.....	71
Bibliografía.....	76
Anexos.....	79

CAPÍTULO 1.

INTRODUCCIÓN: EL AIESEC Y EL REPORTAJE

El Aiesec es una organización no gubernamental formada por jóvenes profesionales y estudiantes de todo el mundo, interesados principalmente en temas globales, interculturalidad, liderazgo y emprendimiento. La organización abre oportunidades a estas personas para realizar intercambios profesionales o sociales en un país diferente al de su origen, por un tiempo determinado.

El nombre Aiesec originalmente representaba las siglas en francés Association Internationale Des Étudiants En Sciences Economiques Et Commerciales (Asociación Internacional de Estudiantes en Ciencias Económicas y Comerciales), pero actualmente el Aiesec recibe miembros de diferentes licenciaturas e ingenierías por lo que el significado ya no es utilizado a nivel internacional.

La organización denomina “*trainees*” a los extranjeros que se encuentra realizando intercambios tanto profesionales como sociales en otro país. A los intercambios profesionales se les denomina GT (Global Talent) y a los intercambios sociales se les denomina GV (Global Volunteer).

La plataforma de oportunidades y análisis del Aiesec (EXPA)¹ reportó que en Colombia desde el 1 de enero de 2015 hasta el 1 de enero de 2016 ingresaron un total de 2.388 *trainees* extranjeros contactados por el Aiesec. De los cuales 663 vinieron a realizar un intercambio profesional (GT) y 1.725 un intercambio social (GV). De estas cifras se reportó que durante ese año Bogotá recibió un número total de 897 *trainees*, contactados por los comités del Aiesec de la Pontificia Universidad Javeriana (61 *Trainees*), Universidad del Rosario(131), Universidad de Los Andes

¹ Aiesec Opportunities Portal. (2016). *Application analytics*. Recuperado de <https://experience.aiesec.org/#/analytics/applications>

(179), EAN (106) Universidad Externado de Colombia (14). Los 406 *trainees* restantes fueron contactados por el Comité Nacional del Aiesec en Colombia (MC CO).

De ese número de *trainees* que llegaron a Bogotá, y como parte de mi voluntariado en la organización coincidí con dos chicos de diferentes culturas. Ambos realizando el mismo intercambio profesional en la compañía farmacéutica Merck & Co. Decidí entonces realizar este trabajo de grado sobre ellos dos, basado en su experiencia en la ciudad.

La inmersión en la vida de estos dos jóvenes durante su paso por Bogotá me sirvió para construir un texto que pone en relevancia el conocimiento que adquirí en estos años en la Pontificia Universidad Javeriana. Con la experiencia de Hadeer, la chica de Egipto, y Sid, el joven de la India, construí un reportaje sobre dos sujetos que no pertenecen a nuestra cultura y se forman una idea de la ciudad que pudo haber cambiado, o no, durante el tiempo que estuvieron aquí.

Durante el proceso de escritura se utilizaron textos enfocados en el Nuevo Periodismo y en la lectura de relatos de grandes cronistas como Leila Guerriero, Martin Caparrós, Jon Lee Anderson y Svetlana Alexievich. Esto con el fin de familiarizarme con el tema del Nuevo Periodismo y principalmente con la estructura del reportaje.

¿Porque la decisión de venir a Colombia? ¿Cuáles han sido las diferencias culturales mas grandes? ¿cuáles han sido las mejores y peores experiencias? ¿cual es la imagen que se llevan de la ciudad? ¿Cómo los ha cambiado esta experiencia? Fueron las preguntas que les planteé.

Las respuestas a esos interrogantes están plasmadas a lo largo de este trabajo de grado.

A manera de conclusión, puedo decir que el modelo de reportaje logra reflejar esa experiencia vivida que tanto se intenta mostrar desde un principio. Más allá de ser jóvenes profesionales, más allá de estar por un tiempo limitado, lo esencial fue cómo esta experiencia les cambió la vida, qué influyó, quiénes influyeron, sus historias y relación con la ciudad. Es también este texto un

pretexto para revelar uno de los tantos rostros que tiene Bogotá, a través de esa mirada extranjera.

CAPÍTULO 2

HADEER, LA CHICA DEL VELO ROJO

Son las 6 de la tarde de un lunes cualquiera en Bogotá, el trabajo por hoy concluyó y debo ir a casa de Hadeer en la calle 103 con 9, un poco más al norte de donde estoy, por lo que decido caminar. He calculado mal los tiempos, pensé que tardaría quince minutos en el recorrido pero olvidé un pequeño detalle: las cuadras en esta ciudad son mucho más largas y apenas me las arreglo con su compleja y enmarañada nomenclatura.

El clima ha estado caprichoso; a veces un frío insoportable, en otras el suéter estorba. Por todo lo que he caminado me siento algo acalorada, me detengo por un instante y debo calarme de nuevo todo lo que unos minutos antes me había quitado.

Camino por la carrera 11, los carros abundan, el ruido es insoportable, rechinante, el viento helado golpea el rostro, no hallo la hora de llegar y para colmo me siento extraviada y debo buscar la dirección en *Google Maps*. La aplicación me guía camino abajo de la avenida 100, no entiendo porqué, en mi mente tenía un mapa completamente diferente del camino: ¿si estoy en la carrera 11, la novena no debería quedar de subida? Recuerdo entonces que no soy capitalina y que además soy mujer. Decido concentrarme en la pantalla del celular, cruzo algunas calles sin mirar cuando alguien desde un carro me grita: “no, cómo las vacas...“, dos indigentes pasan por mi lado, le doy una moneda a uno de ellos. Llevo más de treinta minutos en esta travesía hasta que ubico el puente y la gasolinera verde de la que me habló Hadeer. Le marco inmediatamente para que venga por mí. He llegado, ¡Por fin!

Lo primero que me llama la atención es su atuendo: un velo rojo le cubre la cabeza, gafas tipo John Lennon, suéter azul con un estampado que dice: “Universidad de El Cairo”, pantalón de sudadera negra y zapatillas de trote. Y su físico: bajita y algo robusta, tiene una gran sonrisa que le marca los hayuelitos, pecas en las mejillas y cejas tan tupidas que le dan cierto aire de seriedad a su rostro que su sonrisa suele borrar.

Caminamos al Pan Pa Ya justo en la esquina de su casa. Por alguna razón que desconozco, nunca me invitó a su apartamento, de nada valieron las excusas que inventé para entrar, siempre terminábamos en la cafetería de la esquina, donde estamos ahora. Ella ordena en la caja una almojábana, yo solo deseo una Coca-Cola fría, la caminata me dejó sedienta. Le cuento a Hadeer el trecho que acabo de recorrer y ella, a manera de disculpa, paga la bebida.

Tomamos asiento y ella se devora con gusto la almojábana, apenas si pronuncia tres palabras, la dejo comer tranquila. Sin nada que la distraiga le pregunto si le ha gustado la comida colombiana, con algo de sarcasmo después de verla devorar el pan de maíz.

–¡Me ha encantado! Me encantan las arepas, los pandebonos y cómo puedes ver, la almojábana.

Me hace algo de gracia escucharla decir esto con su acento árabe.

Hadeer nació en El Cairo, hace 25 años. Arribó a Bogotá hace diez meses, se adaptó rápido a la ciudad pese a un inicio traumático, pues tuvo un problema con el primer apartamento a donde llegó: la casera se dio cuenta que sus compañeros de apartamento, otros extranjeros, hospedaban inquilinos extra y los sacaron a todos.

–No fue un buen comienzo. Casi que quedé sin casa por un día –dice, con algo de autocompasión.

Estudió química farmacéutica en la Universidad de El Cairo, desde el 2011 trabaja en el Aiesec donde nos conocimos.

El Aiesec es una organización no gubernamental global formada por jóvenes profesionales y estudiantes. Sus miembros están principalmente interesados en temas globales, interculturalidad, liderazgo y emprendimiento. La organización ofrece oportunidades a estos jóvenes para que realicen un intercambio profesional o social en un país diferente al de su origen, por un tiempo determinado. A Hadeer se le presentó la oportunidad de hacer uno de estos intercambios aquí en Bogotá, en la compañía Merck Sharp & Dohme (MSD) y vino con la motivación de conocer otra cultura diferente a la suya.

–¿Por qué te interesó Bogotá, específicamente? –le pregunto.

–Quería viajar a Latinoamérica pero a un lugar que fuera original y auténtico. Sentí que Bogotá era el lugar más auténtico de todas las otras opciones que tenía. Por ejemplo, preferí a Bogotá más que a Medellín o Cartagena, pues como estaba en búsqueda de esa originalidad supuse que aquí encontraría a la gente real, la tierra en su pureza máxima. Y eso es justo lo que he encontrado desde que llegué.

Dice que su español no es muy bueno, que no se siente segura de mantener una conversación y acordamos hablar en inglés para sentirnos más cómodas, antes me enseña que muchas de nuestras palabras provienen del árabe.

Le encanta el centro de la ciudad, en especial La Candelaria. Su pasatiempo favorito es recorrer las calles de esa zona de la ciudad, admirar -por ejemplo- los grafitis de la “Calle del Embudo”. Me cuenta que un día mientras caminaba por allí descubrió que una de sus callejuelas llevaba por nombre “Calle del chorro de Egipto”.

–Me emocioné mucho y le tomé una foto. No solo porque dice Egipto, sino porque la palabra “chorro” es similar a decir “fuente” y fuente es el significado de Hadeer.

También le atrae el arte y le apasiona el trabajo social. En una mezcla de ambos gustos se vinculó en febrero pasado a la Fundación BogotArt, donde creó un taller para niños del barrio La Perseverancia, basado en la creación de juguetes con materiales reciclados.

–Me enamoré del espíritu feliz y artístico de su gente, por eso quise colaborar.

Y confiesa que trabajar en BogotArt es una de las muchas razones por las que no quiere dejar Colombia.

Los fines de semana le gusta ir a planes un poco marginales, que más adelante entendería cuando, por una invitación suya, terminé metida en uno de los sitios más extraños de la ciudad.

Le pregunto por su experiencia en Bogotá y la inseguridad, me relata un caso gracioso y a la vez escalofriante: tomó un taxi cuando apenas llevaba cuatro meses instalada en la ciudad, el conductor la llevó por un sitio oscuro, sacó un arma e intentó robarla. Sin saber por qué, ella le bajó el arma con sus dos manos, en una suerte de juego macabro que se repitió cuatro veces mientras le gritaba: “¡No me vas a robar!, ¡No me vas a robar!”.

Finalmente, el hombre desconcertado se desesperó y la dejó ir.

Quedé atónita con el relato, me asombró su estúpida reacción de enfrentarse de esa manera a un ladrón con arma de fuego. La regañé, le dije que tuvo mucha suerte y otras cosas que le dirías a alguien con ese grado de inocencia en una ciudad compleja. Rió avergonzada y contó que en su embajada le dijeron lo mismo: “que estaba loca, que tenía mucha suerte”.

–Ahí, cuando estuve en la embajada fue cuando comencé a asimilar lo que había hecho; no había caído en cuenta que había sido algo bastante grave; de verdad me pudieron haber matado –dice.

–¿Acaso tenías algo muy valioso para reaccionar así? –pregunto.

–Nada, solo tenía mi celular y 15.000 pesos.

–¿Eres consciente de que te ibas a hacer matar por un maldito teléfono? –le reprocho, en tono de regaño.

Pero la historia no paró ahí. Cuando bajó del taxi, asustada y sin asimilar lo que le había sucedido, se encontró con dos hombres que se ofrecieron a ayudarla, tomaron su celular con la excusa de que le pedirían un taxi y una vez tuvieron el teléfono en sus manos huyeron con él.

Le pregunto que si El Cairo es también una ciudad insegura y me dice que no tanto como Bogotá, pero que ella siempre ha creído que todas las ciudades tienen algo de esto.

–Es normal ver inseguridad en las ciudades, de igual forma yo siempre me he considerado con suerte.

Aprovecha para confesar que quiere trabajar con refugiados y que una de sus metas es ir a Siria a colaborar con familias afectadas por la guerra.

–No le tengo miedo a la guerra, como te digo, siempre me he considerado con suerte, y si me matan algún día, moriré sintiéndome orgullosa de lo que he hecho.

Aquí, entre nosotros, ha tenido que soportar algunos comentarios desubicados y hasta ofensivos por ser musulmana.

–Empezaron desde el momento en que llegué al aeropuerto, el primer día que pisé Bogotá.

Me cuenta que el personal de seguridad del aeropuerto la interrogó sobre su estadía, sobre las razones de su visita al país, que dijera la verdad.

En otra ocasión, cuando salió con unos amigos, se percató que un grupo les hacía preguntas en tono de burla: ¿estás segura que no es terrorista? ¿No tendrá una bomba debajo de su traje?

Hadeer lo cuenta en medio de risas, es evidente que ya se acostumbró a este tipo de comentarios.

Algo similar nos ocurre cuando en el extranjero nos asocian con Pablo Escobar y nos preguntan por la droga como si todos fuéramos parte de una especie de cartel-país.

–La ignorancia permite casi todo –le digo.

–Lo sé, por eso me río de esos comentarios, es simplemente algo a lo que te acostumbras.

Se hace tarde y yo pienso en el regreso, la oscuridad y el frío.

Salimos a la calle y le ofrezco un cigarro que rechaza, le agradezco por permitirme conocerla, por contarme un poco de ella. También le digo que la invitaré muy pronto a cenar arepas en mi casa al estilo colombiano.

–¡Te confirmo desde ya! –responde emocionada.

Nos damos un abrazo y ella se aleja en la oscuridad hasta que su velo se hace invisible.

Una noche inhabitual

Es viernes, son las 5 de la tarde y recibo una invitación por Facebook de Hadeer para ir a un recital “GypsyBalkanFolkPunkAfroCumbiero“, que lo presentan como un enfrentamiento entre dos bandas: “Bestiario vs Vodkanera“, en un lugar que desconozco llamado Galería Casa Taller, en pleno centro de Bogotá.

La interrogo por el chat del teléfono que me cuente algo más sobre esto y solo me responde: “no sé si es lo que te guste, pero te la mando por si me quieres acompañar, iré con unos amigos”.

Le pido a un amigo que me acompañe, sinceramente tengo un poco de miedo ir sola a ese lugar, sobre todo después observar con mas detalle la descripción del evento: es algo así como un *back to back* de bandas raras y quienes promocionan de la siguiente manera: “En una esquina... Lxs Vodkaneros, con todo el sabor de su sonido gitano/balkanico que inunda las calles bogotanas. En la otra esquina las Bestiäs, asqueadas de todo y dispuestas a gritarlo a todo pulmón ...Al final ninguno gana porque el punk nació vencido. No flaya!”.

Quedo desconcertada con lo que acabo de leer, pero puedo decir que si de algo estoy segura es que esta va a ser una noche bastante diferente a las que estoy acostumbrada.

Juan, mi amigo, me recoge a las diez y media de la noche. En el taxi le muestro la loca descripción del evento sólo para que se ría y se haga a una idea de a donde vamos. El taxi nos deja cerca a Galería Casa Taller, la calle está sin pavimentar y es oscura, el taxista duda en meterse por allí.

Es una de las noches más frías de Bogotá en los últimos meses. Nos bajamos, caminamos un par de cuadras y descubrimos que llegamos a Galería Casa Taller por la cantidad de gente aglomerada en la entrada. Echo un vistazo, me encuentro ante un desfile generacional: rastas, afros, converse venteados, pantalones con taches, hippies de temporada, ninguno se libra de un *piercing* o un tatuaje, son coletos modernos, así llamamos a los chicos de hoy que tienen dinero pero se creen oscuros, alternos y rebeldes.

—Gracias por acompañarme, de verdad —le digo a Juan.

La entrada es una puertita roja, tan diminuta que al entrar agachada me golpeo fuertemente la cabeza. Para Juan también fue un reto, es bastante gordo por lo que casi no cabe. Empezamos mal.

Adentro descubro que se trata de un lugar abandonado, de esos que no tienen permisos legales, ni seguridad y que anuncia ruina. El sitio se presta para que las bandas que apenas se están escuchando en el barrio vayan y hagan sus toques.

Confieso que es un sitio espantoso, frío, sucio... La luz es mortecina y apenas deja entrever una pared de ladrillo y otra blanca de la que cuelgan unas cabezas de ciervos y elefantes en cerámica que le dan un toque terrorífico. Es un depósito de esculturas sin acabar, con pisos en tierra que merodean un perro y un gato a quienes persigue una anciana con ruana.

—¿A dónde carajos nos hemos metido? —comentó.

La carta de bebidas está escrita con *Sharpie* negro en un pedazo mal cortado de cartón. Los tragos: *shots* de aguardiente de Cannabis, de Vodka endemoniado y otra lista de nombres raros. Hasta que leo “cerveza” y me tranquiliza, además está barata, apenas 3.000 pesos y no lleva ningún nombre extravagante.

Todavía no veo a Hadeer, trato de encontrarla en medio de los afros y el humo agobiante. Juan paga las cervezas con un billete de 50.000 pesos y le dicen que no hay cambio. Se ríe y empieza a rebuscar en su billetera algunas monedas para ver si con eso le alcanza, el barman las recibe y las cuenta una a una. Juan se me acerca y me dice al oído: “¿estos manes si son arcaicos, no?”. Me río disimuladamente a pesar de que tiene razón.

El bar está instalado en lo que fue una cocina vieja y abandonada; un mesón de madera burda, unas ollas ennegrecidas y grasosas que cuelgan de la pared, una licuadora, una tostadora que

parecen rescatadas del basurero y un hornito de leña que no soporta una fogata más. Esa es la decoración.

Solo hay un baño con luz y está provisto de la única tecnología del lugar: el foco se enciende cuando se abre la puerta.

En el medio de la pista esta parado un hombre de unos treinta años, pelo largo, langaruto, chaqueta de cuero, yines. Se dirige a todos con un megáfono y le cuesta captar la atención de este batiburrillo de gentes diversas y dispersas.

“¡Acérquense todos! Vamos a vivir una noche de locos y para eso le daremos la bienvenida a la primera banda de hoy... ¡Un gran aplauso para Bestiario!”, grita por el atronador aparato.

Algunos despistados, entre ellos yo, aplaudimos sin tener idea de lo qué vamos a ver y escuchar.

Ya en escena encuentro que la música de Bestiario es del tipo de Dr. Krápula pero un poco más rústica, callejera, aunque advierto que no soportaré ese sonsonete por más de dos horas. Es imposible esperar algo brillante de una banda cuyos miembros se hacen llamar con apodos poco originales: Whisky, Wine y Mamá de Stifler. Lo que sí me sorprende es la variedad de instrumentos que tienen: acordeón, mandolina, dbass, washboard, banjo, trompetas. Es una banda de aspecto callejero pero verlos tocar este tipo de instrumentos les da un aire de elegancia y profesionalidad. Donde no hay nada de elegancia es entre el público del lugar: a mi lado hay un tipo con un olor intolerable, no se si es solo él o es todo su grupo el que huele así. En general, el sitio tiene una mezcla de cannabis, cigarrillo, sudor y pelo húmedo.

Ni yo ni Juan solemos frecuentar este tipo de lugares.

—¿Sabes qué? ya nos metimos acá, me voy a pedir un *shot* de esos de vodka endemoniado y a vos también te voy a traer uno —me dice Juan, como si se tratara de una advertencia.

Accedo sin pretexto alguno, ya llegué hasta aquí, ya no me importa lo que pase esta noche. Juan se dirige la barra a pedir los *shots* y yo mientras tanto me quedo en la pista observando a Bestiario. No bailo todavía, la verdad no le cojo aún el ritmo al género *Gypsy-Balkan-Folk-Punk*.

Alrededor flota una cortina de humo de marihuana que empaña el lugar, de entre el humo aparece la figura de Hadeer, la reconozco por su velo, esta vez de color negro. Está ubicada en primera fila, voy en su búsqueda y la sorprendo con un gran abrazo.

“¡Por fin te encuentro!”, le grito emocionada para tratar de imponer mis palabras por encima de la música.

Hadeer tiene puesta una falda negra larga y vaporosa, una camisa cerrada hasta el último botón y un chal crema que le cubre los hombros. Como siempre me saluda con una gran sonrisa y me presenta a sus amigos, un grupo de *frikies*: uno lleva puesto un sombrero de pirata, otro con el pelo recogido en una cola que le llega hasta más abajo de las nalgas, el tercero tiene un habano en la mano que no tiene ni idea de fumar, y los acompaña una chica con flores en la cabeza que da saltitos alrededor de nosotros. Juan llega con los *shots* en la mano y yo le presento a los amigos de Hadeer. A pesar del aspecto que tienen son bastante simpáticos y bromean por nuestra manera de hablar, muy valluna. Brindamos con ellos, nosotros con nuestros *shots* y ellos con sus cervezas artesanales. No alcanzo a beberme el trago entero, es una copa grande y el sabor es demasiado fuerte; muy dulce y muy amargo a la vez. Hago unas caras bien raras con el primer sorbo, tomo un respiro, lo miro unos segundos y lo acabo. Siento que me llegó hasta el alma.

Hadeer me pregunta cómo me ha parecido el lugar con una aclaración-pregunta previa: “¿es diferente para ti, no?”.

“Sí –respondo-, es bastante diferente, creo que nunca había estado en un sitio así”.

Le pregunto si las fiestas en El Cairo son de este estilo y me responde: “si te digo la verdad, no son nada parecido. Mejor dicho... ¡No hay fiestas en El Cairo!”, advierte.

Ahora entiendo: está en su momento, a lo mejor viviendo un tipo vida distinto, escapando de su rutina, de sus costumbres.

El vodka endemoniado empieza a hacer efecto y bailo. Juan aún no se mueve mucho, intenta todavía ajustarse al ambiente, al que ya me integré; el olor fétido ya no me molesta, la bandolina junto con el bajo crean un sonido espectacular, le encuentro ritmo a la música y bailo con Hadeer, juego con su velo, sus amigos nos encierran en un círculo, nos agarran de las manos, nos dan vueltas.

Es el turno de Vodkanera. No hay mucha diferencia con Bestiario: los instrumentos son los mismos y hasta los integrantes se parecen físicamente, pero a medida que pasan las canciones voy notando pequeñas diferencias. Creo que estamos en la parte afro-cumbiera que mencionaba el mensaje del toque. Me gusta lo que escucho, la música me envuelve, encuentro el ritmo. Ahora Hadeer y yo brincamos.

Pierdo de vista a Juan, no lo veo desde hace unos veinte minutos, pero no lo quiero ir a buscar, estamos en primera fila y solo echo un vistazo hacia atrás y me doy cuenta que salir del tumulto es una misión complicada, entonces me quedo.

El lugar se oscurece, lo único que ilumina son las luces de colores en la pared de atrás de donde está ubicada la banda; se trata de lucecitas tipo adorno navideño, que encienden y apagan.

Vodkanera le da nuevamente entrada a Bestiario, Mamá de Stifler toma el micrófono y arranca a cantar impulsivamente, es más grito que canto. Euforia en su entrada. Ahora sí estamos en “pelea de bandas”, se escucha la gente cantar en coro, todos conocen la canción, menos yo, claro. El público entona a todo pulmón:

“Te levantas de tu cama muy temprano en la mañana y te vas a trabajar. Con el asco en la mirada y sin disimular nada no sabes a quien culpar. Te sientes acorralada y el brillo de tu mirada ya se empieza a disipar, pero haces como si nada y así empieza tu jornada, a perseguir el capital...”.

Hay euforia que rápidamente se transforma en pogo, ese baile propio del punk en que unos y otros se empujan como si estuvieran en una pelea. Solo una vez había estado tan cerca de un pogo y logré huir, ahora estoy atrapada en un espacio reducido, en la sala de una casa abandonada. Todos, a mi alrededor, parecen enloquecer; algunos gritan frenéticamente, hacen gestos exagerados, chocan entre ellos, se golpean, hay puños y patadas. En medio del furor abrazo a Hadeer, ella ríe, se burla. Sonríe de los nervios y le pregunto que si se quiere salir de ahí y responde que no, está feliz con la escena. Lamento la ausencia de Juan, en particular su tamaño. El arrebato disminuye, baja la intensidad, corro en busca de mi amigo.

Me abro paso a empellones, siento el roce de los otros, su sudor, el olor fétido. Llamo a gritos a Juan, el sitio está oscuro y no veo bien, temo que se haya ido y me haya dejado sola. Finalmente lo encuentro en la esquina de la barra devorándose una hamburguesa gigantesca, le pregunto dónde estaba y me cuenta que bebió un par de cervezas, se fumó un par de cigarros y hace diez

minutos pidió la hamburguesa que ahora devora. Le cuento con emoción que acabo de sobrevivir a un pogo, a lo que me responde: “Vos si sos loca, como te vas a quedar ahí con esa manada de animales”.

Al ver a Juan comer me dan ganas de darle una mordida a su hamburguesa, pero desconfió de la comida. Eso que come Juan es lo que suelo llamar: “ración de la muerte”. No sabes realmente de que esta hecha esa hamburguesa, de que carne está hecha o si el tipo que la hizo tenía las manos limpias.

“¿Esta buena?”, le pregunto. Asiente con la cabeza y abre los ojos mientras sigue comiendo. Esa es la expresión de quien disfruta de su manjar y es un sí a mi pregunta.

Por unos segundos me quedo mirando esa hamburguesa con duda, entonces Juan traga y me dice: “dale, métele un mordisco, que si te morís vos me muero yo también”.

No aguanto, le doy un mordisco grande... lo disfruto.

Le doy una ojeada a la pista y observo que está otra vez repleta. Le digo a Juan que no soy capaz de volver a meterme ahí, Hadeer y sus amigos están en primera fila, llegar hasta allí es todo un reto. Él me dice que “ni por el carajo” se mete a la pista, que hasta allá no me acompaña.

—¿Nos vamos? —le pregunto.

—Nos vamos —me contesta.

Llamo a Hadeer para decirle que me voy, sabía que no contestaría, pero quería que supiera que le telefonee y le dejo un mensaje agradeciéndole por la invitación y disculpándome por no ir a despedirme personalmente.

Me responde dos horas después, a las cuatro de la mañana: “fui feliz de verte, gracias a ti por venir”, dice.

Arepas y Falafel, Inc.

El día que conocí Hadeer mencionó que las arepas colombianas era lo mejor que había probado desde que llegó al país, de manera que me comprometí con una cena en mi casa con arepitas tradicionales. Llevaba mucho tiempo sin hacer arepas pero no he perdido el toque. Las hice a lo tradicional: harina, agua, mantequilla y una pizca de sal. A las ocho y media el timbre ronco de mi apartamento da cuenta de la llegada tarde de Hadeer. Mientras la esperaba bebí dos copas de vino que me abrieron el apetito. Para mi sorpresa, ella traía con sigo un paquete de Falafels, esas croquetas de garbanzo o haba típicas de Oriente Medio. Le sirvo una copa de vino con pretzels de aperitivo y la invito a que hagamos las arepas juntas para que aprenda la receta. Recordamos la noche en Galería Casa Taller, admito que fue rara pero le agradezco por sacarme de la rutina.

Se enamoró de mi gato, Picasso, que luego de unos minutos de caricias se aburrió y marchó.

Mientras tanto servimos más vino, comemos arepas y falafels.

“¡Es que esto es muy rico! ¡Es lo mejor que he probado!”, asegura y no sé si lo dice por cortesía.

Hablamos de los amigos que ha hecho en Bogotá y confiesa que los colombianos le han parecido las mejores personas que ha conocido en la vida. Le parece gracioso que seamos tan nacionalistas, pues muchos le dicen que cuando regrese a su país tiene que hablar muy bien de los colombianos y tiene que dejar el nombre de Colombia en alto.

“¿Eso te lo han dicho los rolos, cierto?”, le pregunto.

Ella se ríe, detecta mis comentarios bromistas sobre los bogotanos pero admite que si fueron ellos.

–La verdad es que antes de llegar pensaba que los de Bogotá serían mas creídos por el hecho de ser de la capital; las personas de las capitales siempre suelen sentirse superiores a los demás. Pero sabes quiénes me han parecido mas creídos, los de Medellín, esos paisas si se creen lo mejor de tu país.

–También hago bromas sobre los paisas, por si las quieres escuchar –le advierto y reímos.

Me habla de su familia y yo le hablo un poco de la mía. Tiene cuatro hermanas, ella es la del medio, me dice que tres de ellas ya tienen hijos.

–¡Tengo cinco sobrinas! son lo mejor que tengo en mi vida.

Yo la llamo Hadi, pero ella me aclara que suelen decirle en su país Didi y que aquí la han llamado Habibi, Hadidi, Hari, en fin.

Le pregunto si tiene novio para entrar en conversación de chicas.

–No, nunca he tenido novio, nunca he querido, la verdad.

Me cuenta que a sus 25 años no ha conocido un chico que llene sus expectativas y que prefiere estar sola. Me sorprende la seguridad con la que habla y encuentro que tenemos muchas cosas en común: hablamos de la vida, del amor y de los esposos que aún no existen. Me regocija tener tantas cosas en común con alguien de otra religión y cultura.

Pasamos del comedor a la sala y le pregunto sobre su religión y los prejuicios hacia su cultura.

–Didi, ¿es cierto eso que tus padres tienen que escoger con quién te casarás?

Ella ríe, admite que otros le han hecho la misma pregunta y hasta le han expresado lástima por las mujeres musulmanas, a quienes consideran que “son sumisas, no pueden salir solas, no pueden estar con la persona que quieren”. Aclara que son solo prejuicios y que nada de eso es cierto.

–Sí podemos escoger con quién casarnos, nuestros padres ya no son los que deciden. La gente de afuera se ha quedado con las tradiciones antiguas y por eso siguen pensando así. Pero, dime tú: ¿si dicen que somos muy sumisas y restringidas a cosas cotidianas de la sociedad, cómo crees que llegué aquí?

Señala que las personas se sorprenden de su manera de ser, de encontrar en ella una chica como cualquier otra.

–Somos personas, somos iguales todos, los medios son los que engañan.

Confieso que me sorprende su forma de ser y me agrada la “química” que tenemos.

Mientras desocupamos la segunda botella de vino, Hadeer cuenta algunas anécdotas graciosas de sus viajes en Colombia.

–En La Guajira, cuando fuimos a la playa, todas mis amigas se ponían bikini, yo nunca uso un bikini y les tengo que advertir que no se vayan a burlar de mi traje de baño, pues un poco extraño.

Las mujeres del Islam usan el burkini, un traje completamente cubierto hasta la cabeza. Este es el código de vestir si una musulmana va a la playa. Entonces le pregunto que si por fuera de su país usar este traje también es obligatorio. Tengo poco conocimiento de la cultura playera egipcia y me atrae conocer ese tipo de temas.

–No es obligatorio, aquí en Colombia podría usar bikini si quiero. Incluso hay unos lugares en Egipto, como el sur de Sinaí en donde son bastante bohemios y algunas mujeres no usan el burkini cuando van a la playa, usan trajes de una sola pieza. Se trata más de la tradición, de la religión, que de una obligación. Pero esta es una costumbre que me inculcaron desde pequeña y no he sido capaz de cambiarla.

Las costumbres sociales en Egipto han girado en una dirección netamente conservadora en las últimas décadas y puedo notar que Hadeer es parte de esas costumbres, al menos eso delata su manera de vestir. Creo que el impacto más visible es la tendencia de los velos, confiesa que es incapaz de salir a la calle sin una de esas prendas, independiente del lugar del mundo donde esté.

Retornamos a las playas de La Guajira, a su burkini y a las preguntas curiosas: ¿cómo puedes nadar con eso? ¿Cómo vas a tomar el sol? ¡Con eso puesto no vas a coger color!

–La verdad me gusta reírme de ese tipo de comentarios y enseñarles a las personas que a pesar de la diferencia religiosa somos muy parecidos.

Admite que en Bogotá se ha sentido un poco más libre que en El Cairo, en parte, por el hecho de no vivir con sus padres, por estar lejos de su égida de poder y admite que los fines de semana aquí no se parecen en nada a los de su ciudad.

–En El Cairo mis padres sí me restringen unas cuantas actividades sociales, por eso te digo que en Bogotá me siento más libre. Mírame aquí bebiendo más de tres copas de vino.

–Ya que me hablas de tus padres, ¿qué te dijeron cuando les contaste que te ibas a Bogotá?

–Mi madre comenzó a llorar.

–¿A llorar? ¿Por qué?

–Mis padres se enteran del mundo por *National Geographic* y saben que la situación aquí no está muy bien, que Colombia es un país violento, marcado por la droga. No es grato para ningún padre que su hijo se vaya a un país así. Entonces quisieron informarse y a través de una serie de documentales descubrieron que no era tan malo como creían. Sin embargo, no ocultan el miedo.

–Bueno, pero supongo que les has dicho que no es tan grave como ellos creían en un principio, ¿o tu tenías la misma percepción de ellos antes de venir aquí?

–Creo que me voy de Colombia con las mismas expectativas con las que vine. Yo sabía que Colombia era un país violento, incluso el incidente del taxi no me hizo pensar lo contrario, desde que estaba en El Cairo sabía a lo que venía. Pero también sabía que aquí hay gente muy alegre y amigable, y esa es una percepción que pude comprobar. Las personas que he conocido equilibran las cosas malas que pueda tener el país.

Brindamos por sus palabras, en el fondo suena una canción de Chocquibtown y ella para de hablar para escucharla.

–¡Me encanta esta canción! –dice, mientras mueve la cabeza con los ojos cerrados y bebe.

Confiesa que la música Latina ha sido parte del encanto de este viaje.

–Las canciones son muy alegres; no sé si es por las personas con las que estoy que las hacen más alegres, pero siento que me transmiten felicidad.

“Ojalá” de Silvio Rodríguez es su preferida. La busco en Youtube y la pongo. Ella vuelve a cerrar los ojos para escucharla y me cuenta por qué le parece tan especial.

–Ojalá es una palabra con orígenes árabes. Originalmente significaba *Oh, Allah* y la usaban sobre todos los oradores. Hoy en día ha tomado diferentes significados: Ojalá como espero:

“espero que estés bien”, “espero que me llames”, “espero que tengas un buen día” y personalmente me parece que la palabra la han transformado en un significado muy especial y me encanta.

Aprovecho el tema para mostrarle el tatuaje que tengo en la espalda, se supone que dice “triumfo”, en árabe. Son comunes las historias de personas a las que les tatúan algo diferente a lo que querían cuando se trata de palabras en otros idiomas. Lo observa unos segundos.

–Ohh ¡*Al nagah!*!.. Sí, dice triunfo.

Le pido que vuelva a repetirlo, para aprender a pronunciarlo. Repito cada sílaba para grabarlo más fácil.

–Al-na-gah –dice, pausadamente.

–Al-na-gah –repito.

Ahora cada vez la gente me pregunta qué significa mi tatuaje les respondo con mi nueva palabra aprendida en árabe.

Jazz en Chapinero

Es el último jueves de agosto. Llego a mi casa después de un largo día de trabajo y voy directo a mi cama, algo que anhelaba desde hace horas. Están a punto de dar las diez de la noche y una llamada de Hadeer me interrumpe el sueño: “Natalia, estoy cerca a tu casa, hay un concierto de jazz a poco de empezar, en la calle 66 con 4ª, avísame si quieres venir”.

El cansancio me abruma pero quiero aprovechar que Hadeer está cerca. Recuerdo, también, que un amigo, Andrés, que no veo hace mucho tiempo vive al frente del lugar y pienso en invitarlo

para pasar un rato con él. Le hablo y se apunta sin excusas. Ahora hay más de una motivación para salir de la cama y el sitio está solo unas cuadras de mi casa. Llego a donde Andrés y descubro que está con otros dos amigos también de Cali.

Antes de entrar al sitio llamo a Hadeer y le aviso que estoy afuera con mis amigos fumándome un cigarro. Ella sale a saludar y noto que todos se impresionan por su atuendo; tan extranjera, tan musulmana. Tras el saludo, la interrogan sin piedad: “¿qué haces aquí en Colombia?”, “¿te ha gustado Bogotá?”, “¿siempre usas el velo?”, “¿son todos los musulmanes así de occidentalizados?”.

Sabía que esto iba a ocurrir, mis amigos suelen ser desabrochados e imprudentes, pero también sé que Hadeer es tranquila y está acostumbrada a este tipo de preguntas.

El frío comienza a aumentar, dejo el cigarrillo a la mitad e ingreso al lugar. En la puerta que sirve de entrada al lugar hay dibujado un grafiti de un hombre con bigote y gafas oscuras que toca un saxofón, al respaldo está otra pintura que muestra la elaboración de la cerveza a la manera antigua, con una botella grande en donde se fermenta el líquido y un tubo de envasado.

El bar es bastante acogedor, tiene cierto toque escocés. Las mesas y butacas son todas de madera, en las paredes hay dibujos con marcas de cervezas artesanales y sobresale un estante antiguo también de madera ubicado en una esquina con cajas de whisky Glenfiddich de 15 y 20 años. La temperatura del lugar es perfecta y la música suena genial. El sitio está lleno de extranjeros, puedo escucharlos hablar en inglés con distintos acentos. Dos chicos tocan en el fondo del bar, solo suena un contrabajo y un saxo, no se mucho de jazz, solo sé que me siento bien cuando lo escucho, de hecho me siento muy bien. Hadeer esta con uno de uno de sus amigos de Galería

Casa Taller. No lo reconozco sin su sombrero de pirata. Lo encuentro menos raro que aquel día. Más tarde me enteraría que es un matemático ingenioso.

Mis amigos piden una ronda de cervezas, todas de diferentes marcas recomendadas por el barman. Yo bebo una *India Pale Ale*, una de esas cervezas de fermentación alta que suelen ser bastante amargas. Hadeer no bebe a pesar de mis esfuerzos. Es gracioso cómo en todos nuestros planes intento que se tome unos tragos, me parece poco común estar con alguien tan joven que no le guste el alcohol. La única vez que bebí con ella fue el día de la cena en mi casa, y fueron dos botellas de vino.

Mis amigos continúan disparando sus preguntas imprudentes contra Hadder que responde con tranquilidad, a veces se ríe de sus propias costumbres y de algunos aspectos de su religión. Le pido que cuente la historia del taxi que no deja de sorprenderme y me empeño en que relate todas las cosas que le han ocurrido en Bogotá, me pone feliz ver cómo amigos se asombran con sus historias.

Hadeer habla sobre sus planes futuros.

—Cuando se acabe mi contrato con el MSD volveré a El Cairo para ver a mi familia, pero después quiero seguir viajando; iré a Grecia y me quedaré un par de meses allí. Pienso viajar por los alrededores, no conozco Europa, entonces esa será mi oportunidad.

—¿Y sobre el plan de ir a Siria? —le pregunto, pero antes de responder Andrés interrumpe.

—¿Quieres ir a Siria? ¿En plena guerra? —pregunta, con sobresalto.

—Sí, al final de todos mis viajes iré a Siria a hacer servicio social, lo haré al final, porque quiero conocer un poco más el mundo antes de morirme.

A pesar del comentario todos reímos. Hadeer siempre suele hacer comentarios sarcásticos sobre cosas de su vida.

–Créeme que si sobreviviste a un loco que te apuntó con un arma, tienes huevos para una guerra

–le dice otro de mis amigos.

–Es cierto, siento que podría pararme al frente de un tanque de guerra y aún así no me matarán.

Aunque confieso que sí tengo un poco de temor, por eso haré ese viaje al final de todo.

Alzo la copa para brindar por ella.

–Tranquila, todo lo bueno comienza con un poco de miedo –le digo.

Tras una corta pausa, los músicos vuelven al jazz, nos callamos para seguir la melodía, me siento bien en este sitio y me autoreclamo en voz alta por llevar cinco años viviendo cerca de este bar y no haber venido antes. Mis amigos opinan lo mismo, incluso Andrés, que vive al frente, confiesa que siempre quiso conocer el lugar pero no tenía con quien venir y me lo agradece. Le digo que se lo agradezca a Hadeer, quien nos permitió apreciar algo de Jazz en este sector de Bogotá

“I met Colombia, not Columbia”

El último día que vi a Hadeer perdió la selección Colombia ante Brasil por las Eliminatorias al Mundial de Rusia. Ella no es amante del fútbol, pero yo quería ver a mi equipo y también despedirla. Acordamos una cita en el *pub* de la calle 85. Ese último día corrió por la ciudad para despedirse de sus amigos y conocidos. Acordamos llegar juntas al bar, de manera que nos encontramos antes en el *Wall Street English* de la calle 74, la ubico por el velo. Siempre llevó cubierta la cabeza. Nunca supe como era su pelo, si era castaña, rubia, caramelo. Y solía casi siempre vestir igual: velo rojo, suéter azul, pantalón de sudadera y tenis Converse blancos.

Mientras hablaba con una amiga suya la sorprendo con un abrazo por la espalda, con fuerza y emoción, tanta que por poco le tumbo la caja de Juan Valdez que compró como regalo para su gente en El Cairo.

–Las despedidas no son lo mío –dice.

Son las 7:30 de la noche y faltan quince minutos para que inicie el partido. Le propongo nuevamente la idea de ir al *pub* a beber unas cervezas y ver el partido, pero ella no quiere.

–¿Tienes un sitio en mente? –le pregunto.

–La verdad, no.

Tomo ventaja de la respuesta y propongo Nicks, un restaurante de deliciosos sándwiches, allí podemos no solo comer sino ver el partido y beber cerveza.

–Lo siento Didi, es que a cualquier lugar a donde vayas van a transmitir el partido –digo, a manera de excusa.

Llegamos al Nicks, solo hay unas cuantas personas que ven el partido en un televisor diminuto, le pido la carta al mesero y le recomiendo a Didi el sándwich Veronik, mi favorito: pavo, queso holandés, aguacate, bacon y dijjonaise, un sándwich de dioses. Ordeno dos, el de ella sin bacon.

Hadeer saca un papel de su bolso, me dice que es mi regalo, lo abro, intento leer, me cambia la expresión: es mi nombre en letras árabes. Abajo ella me escribió: “*with love, Didi*” (Con amor, Didi). Estoy conmovida.

En el diminuto televisor dan cuenta del inicio del partido, le presto atención a la pantalla sin dejar de hablar con Hadeer, no quiero que se aburra. Ella confía en un triunfo del equipo para

llevárselo como el recuerdo de su último día en Bogotá, pero no fue así. En algún momento entre los goles alguien le telefona.

—¿Aló? Contesta.

Me hace gracia su “aló” al contestar, creo que se le ha pegado el “aló” colombiano, pero luego me entero que todos los árabes contestan de esa manera, que se trata de una palabra universal.

Una vez cuelga llegan nuestros sándwiches y comemos en silencio.

—¿Hablabas con alguien de tu familia? —pregunto.

—No, estaba hablando con un amigo de Egipto que vive aquí, me ha dicho que quiere venir a despedirse, si no te importa.

—¡Para nada!

Se trata de Mohammed, es alto y su físico es tan árabe como su nombre, nos presentan, habla con fluidez el español. Lleva tres años viviendo en Bogotá y le gusta el fútbol mas que a Hadeer. Me pregunta si conozco el significado del apellido de nuestra amiga.

—Mi apellido, Ghareeb, significa extraño. Así es, mi familia y yo somos extraños —bromea.

Le pido que me enseñe a pronunciar Ghareeb, lo pronuncia pausadamente y yo intento repetirlo sin éxito.

—Si te parece difícil pronunciar mi apellido, no podrás nunca con el nombre de mi abuelo, se llama Bashshâr Ahmed Ghareeb.

Ni siquiera intento decirlo.

Mientras Mohammed sale del restaurante para fumarse un cigarrillo le pregunto a Hadder sobre su paso por Bogotá.

–De todas las personas que has conocido y la experiencia que has vivido. ¿Cuál es la mejor imagen que te llevas de esta ciudad?

–Me llevo todo el café –bromea.

–Eso está bien, pero te pregunto más sentimentalmente.

–Sí, lo siento –dice seria.

–Una amiga esta tarde me hizo la misma pregunta y la verdad es que sí llevo muchísimo café.

–¿Y no te llevas muchos sentimientos? –pregunto.

–Precisamente, creo que lo que esta ciudad me enseñó fue cómo poder demostrar mis sentimientos. Siento que aquí puedo demostrar lo que siento y nadie te va a juzgar. ¿Me entiendes? Si aquí estoy feliz voy y salgo con mis amigos, si estoy triste simplemente lloro, pero nadie se va a meter en tu vida, ni en tus sentimientos. Los colombianos son así, no tienen miedo a mostrar lo que sienten y nunca juzgan. La cosa con Egipto es que te juzgan demasiado; entonces si estas feliz te van a juzgar, si no estas feliz te van a juzgar, nunca he sabido porqué, pero aquí he tenido un lapso de mi vida cotidiana que me ha enseñado a expresarme mejor y a ser mas libre respecto a mis sentimientos.

–¿Pero, eso de juzgar es algo de tu religión o es algo general de tu cultura?

–No es de mi religión, conozco gente de diferentes religiones y todos son así, todos te juzgan. Se supone que nuestra cultura es de gente cálida, no somos personas frías con otras. Pero siento que

hay una gran falsedad entre las personas de mi cultura. Hay gente que te puede decir que te quiere, pero sabes que en el fondo esa persona no lo está diciendo en serio, solo quiere ser cordial.

–Has vivido aquí un año y has sido partícipe de una cultura diferente a la tuya, después de esta experiencia vivida, ¿crees que has cambiado como persona?

–¿Cambiado? Por favor, no solo he cambiado, he crecido como persona.

–Entonces, te vas con un aire diferente.

–Completamente diferente, en este momento me siento una persona mucho mas abierta. Se me pegó eso de los colombianos de demostrar todo lo que sienten en cualquier momento. Siempre he sido una persona muy fácil de llevar, por ejemplo, siempre necesito tener nuevos amigos y aquí en Bogotá hice amigos constantemente. Eso me ha sentado genial.

–Entonces, ¿tu familia y tus amigos verán a una Hadeer nueva?

–La cosa con mis padres es que, contrario otras familias de mi cultura, ellos son un poco más liberales, ellos entienden el cambio. Siempre han confiado en mis decisiones y escogencias. Por ejemplo, les conté que estaba comenzando a tomar vino aquí en Bogotá; es normal una reacción negativa por parte de unos padres egipcios, pues beber alcohol es algo mal visto, en especial en mi religión, pero a ellos les pareció genial y me preguntaron si me gustó. Así siempre han sido ellos, tranquilos.

Regresa Mohammed, el partido termina 2-1, perdió Colombia con Brasil. Son las 11 de la noche, la ciudad se vació y el frío aumentó. Los últimos minutos que estuve con Didi fueron algo emotivos, no quiero despedirme de ella, pero se hace tarde y su vuelo es muy temprano. Para no

hacer tan larga la despedida la acompaño hasta afuera mientras esperamos su taxi. Solo le aclaro que la quiero volver a ver algún día, ya sea en su tierra o nuevamente en la mía. Llega su taxi y Mohammed se sube primero para darnos unos segundos y despedirnos. Nos abrazamos y le pido que no se olvide de mí, ni de mi país.

—No te olvidaré ni a ti, ni a ninguna una de las personas que conocí aquí y, olvidar a este país, si fue el causante de mi cambio de vida.

Hay un silencio, luego agrega: “I met Colombia, not Columbia” (conocí a Colombia, no a Columbia.)

Se sube al taxi y a través de la ventana se despide agitando la mano y con su sonrisa imborrable. Saco el papel que me regaló con mi nombre en letras árabes, se lo muestro y sonrió. El taxi se aleja hasta que su velo rojo se hace finalmente invisible.

CAPÍTULO 3

SID, EL INDIO PSICODÉLICO

Llueve, como sabe llover en esta ciudad. La carrera séptima vacía; tiendas y supermercados cerrados. Hay silencio de siesta, solo se escucha el sonido de la débil lluvia golpeando contra mi paraguas. Se siente el ambiente de un lunes festivo en Bogotá.

Llego al apartamento de Sid a las cuatro de la tarde, me siento extraña con mi puntualidad de colombiana impuntual. El edificio donde reside Sid tiene una fachada vieja y descascarada. Está cerca del centro de la ciudad, frente a una troncal de Transmilenio y una cafetería *Speak Easy* en la esquina. Pasaron veinte minutos y Sid aún no baja, al parecer se ha contagiado de nuestra endémica impuntualidad, que luego admitiría como quien confiesa haber contraído una enfermedad del trópico sin mayores consecuencias. Por fin asoma con cara de trasnocho que le acentúan las ojeras y le hace juego con esa facha de guiri: camiseta esqueleto gris, sudadera y alpargatas.

Al verlo vestido así solo atino a preguntarle:

—¿Acaso no tienes frío?

Asombrado me mira y responde con un español atropellado.

—¿Qué frío... esto frío para ti?

Se disculpa por la tardanza, le digo que no se preocupe, realmente lo raro es que yo haya llegado a tiempo.

Caminamos sin rumbo y volvemos al tema del frío y el clima.

—¡Pero también llueve! —apunto, como si fuera en el fondo el reclamo de alguien que extraña las tardes cuando la briza ha domesticado el calor del día.

—Lluvia es más normal... en mi país llueve casi todo el año; eso sí es lluvia, esto no.

Sid nació en Mumbai, hace 23 años, su nombre completo es Siddhart Rafael Mohan, pero todos prefieren reducirlo a las tres palabras. Sid nació muy hindú, en un país acostumbrado al Monzón, esa época del año donde los vientos soplan fuertemente cargados de lluvia y que comienza generalmente en la primera quincena de junio y se prolonga hasta noviembre. Ahora entiendo por qué le parece tan normal este clima y sobre todo la lluvia. Al igual que la lluvia, el tráfico de Bogotá también le parece algo normal. Para Sid en esta ciudad no llueve ni hay tráfico pesado, cómo lo va a ser para alguien que viene de una capital de 12 millones de habitantes con un tránsito infernal de carros, bicicletas y animales en la vías. La India es un país descomunal con tres millones y medio de kilómetros cuadrados, tres veces el tamaño de Colombia.

Sid es un chico alto, de cabello oscuro y piel tan aceitunada como puede ser la de un indio. Tiene una sonrisa de comercial, con una hilera de dientes blanquísimos. Llegó a Bogotá en enero de este año con la misma oportunidad del Aiesec que se le presentó a Hadeer, respaldada por la multinacional Merck Sharp & Dohme. Sin dudar lo empacó maletas y partió a Sudamérica. Sid es un LCP (Local Committe President) desde 2011, es decir presidente del comité local del Aiesec, lo que significa una suerte de pasaporte para recorrer el mundo.

La plataforma de oportunidades y análisis del Aiesec (EXPA) reportó que en Colombia desde el 1 de enero de 2015 hasta el 1 de enero de 2016 ingresaron un total de 2.388 entrenadores extranjeros contactados por ellos. De ese total, 663 realizaron un intercambio profesional del tipo GT, que para la Ong significa *Global Talent*, los restantes 1.725 hicieron parte del intercambio social o *Global Volunteer (GV)*.

Sid confiesa que ama viajar, que si pudiera dedicaría el resto de su vida a conocer otras naciones y culturas, un tema y un sueño que compartimos. Él ha estado en muchos lugares, tanto en gigantescas ciudades como en pueblos sin mayores atractivos turísticos.

En la medida en que avanza en sus anécdotas de viajero irredento se le empieza a enredar la madeja de su vocabulario en español, de manera que acordamos seguir el diálogo en inglés y a partir de allí no hay quién lo calle.

–¿Por qué Bogotá Sid? –le pregunto.

–La experiencia de mi primer intercambio con Aiesec me cambió la vida. Estuve en Israel y desde ese entonces he querido seguir conociendo el mundo. No conocía Latinoamérica, no sabía nada de Colombia y por eso quería conocer esta cultura. Cuando se me presentó esa oportunidad no lo pensé ni un segundo y tampoco ha habido un segundo en el que me haya arrepentido de esta decisión.

Me dice que Colombia es hermosa y que ha conocido gente increíble. Todo lo reduce a la expresión local de “es una chimba”.

Llegamos a una tienda Juan Valdez cerca de su casa, pido un té chai y él un café con leche.

–¿Cómo va tu español, aparte de que usas bien “una chimba”?

–Mejorando poco a poco. También sé decir cosas básicas como: ¿me da un café con leche, por favor?

Nos reímos y la señora que nos atiende ríe también.

Me cuenta que ha querido conseguir un profesor de español desde que llegó pero que le cobran 40.000 pesos por hora, por lo que decidió dar clases de inglés para ganar un dinero extra y de paso practicar su español con los alumnos.

En sus ratos libres escribe para *The Bogota Post*, un diario local en inglés que funciona como la voz de los residentes extranjeros y turistas en la ciudad. Ha escrito sobre la producción de cocaína, el conflicto armado y los problemas sociales que afectan algunas regiones como La Guajira, el extremo norte del país. He leído un par de sus textos y la verdad es que se trata de

unos escritos tan apasionados y directos que te hacen ver los problemas que abarcan el país desde una perspectiva extranjera.

–Y, ¿es cierto eso que no sabías nada de Colombia antes de venir?

–No sabía mucho, incluso no tenía ningún tipo de noción de Bogotá. Todo lo que sabía de Colombia antes de venir eran unos pequeños detalles acerca del conflicto con la guerrilla, sobre Shakira, y que les había ido muy bien en el último Mundial de fútbol.

–¿Y qué te dijeron tus padres cuando les contaste que ibas a venir aquí?

–Lo primero que me dijeron fue que les señalará en un mapa dónde quedaba Colombia; la gente de la India sabe muy poco de este país. Su principal preocupación fueron las drogas, pues la verdad es de lo que más se suele escuchar allí.

–Créeme, tristemente es de lo que más se suele escuchar en todos los países sobre Colombia –le digo.

–¿Has viajado mucho desde que llegaste? –pregunto.

–Realmente no, solo he ido al Eje Cafetero y este fin de semana estuve en Villa de Leyva.

–¿Qué tal Villa de Leyva?

–No lo conocí mucho la verdad –lo dice, con una sonrisa socarrona.

–Entonces, ¿qué hiciste?

–Estuve tres días de fiesta, hoy estoy algo muerto la verdad.

Ahora entiendo las ojeras, el tono demacrado, la falta de sueño.

Confiesa que le gusta la “fiesta pesada”, que los fines de semana suele divertirse en sitios de fiesta electrónica como Baum y Vagabond, y que “se da un poco duro”. Me río porque entiendo el significado y asumo que le ha gustado el ambiente fiestero de la ciudad.

–La verdad si me ha gustado mucho la fiesta aquí, es muy diferente a la India, aquí las personas son más alegres. Yo sé que la gente está “alucinando”... yo también lo estoy la verdad –dice riendo.

–Pero me gusta ese ambiente con los colombianos, no sé, lo que te digo, son muy alegres y esa felicidad se contagia.

Entiendo que Sid ha conocido entonces la “fiesta pesada” local y es curioso lo que me dice, porque es cierto que los colombianos solemos ser muy alegres, sin embargo, también sé que este tipo de fiestas aquí son pesadas en todo sentido. Pero también es cierto que Sid, por no conocer bien ese lado oscuro del país, ve en cambio “gente alucinando alegremente”. Es curioso y gracioso a la vez, pues nunca imaginé que alguien me hiciera una descripción tan inocente de ese ambiente de fiesta.

–Y... ¿nunca te ha pasado nada malo en esos lugares? ¿O en la ciudad en general?

Mi pregunta apunta específicamente a eventuales robos, atracos o amenazas.

–Sí, una vez trataron de robarme.

–¿Y cómo te fue con eso?

–Bien, no deje que me hicieran algo.

–¿Cómo que no dejaste? ¿Qué hiciste?

–Le torcí la mano al señor que me iba a robar –se confiesa sin atisbo de miedo y yo me asombro.

–¿¿Cómo que le torciste la mano?¿

La historia es más sorprendente todavía: el tipo le sacó un cuchillo y Sid le aplicó una llave: le dobló el brazo, lo pegó a su espalda, lo empujó contra la pared y le arrebató el arma.

–Solo se me ocurrió gritarle al ladrón: ¿¿Eres tonto!?! Y no sé si me entendió porque no me respondió nada. Parecía que estaba en shock. Entonces lo deje ir.

Me quedo diez segundos tratando de procesar lo que este chico acababa de contarme, el gesto de sorpresa aún no se me borraba del rostro; lo que más me sorprendió fue la tranquilidad del relato. Recordé entonces la historia de Hadeer y el taxista. Estos dos no han dejado de sorprenderme con sus reacciones estúpidas ante un intento de robo.

Sid me cuenta que en Mumbai tomó clases de defensa personal bajo el método israelí y aprendió a defenderse de uno o varios atacantes y a responder ante una variedad de agresiones con armas de fuego, cuchillos, machetes, palos, hachas y bolillos. Entiendo ahora la reacción, pero le repito lo mismo que le dije a Hadeer con su historia del taxista: “tuviste suerte tonto, te pudo haber hecho algo muy malo”.

Sid se ríe, me dice que los colombianos a los que les ha contado esta historia le han dicho lo mismo. Personalmente no sé si la reacción de ambos fue valentía, ignorancia o una mezcla de ambas. También puede ser algo de la paranoia local en la que estamos sumergidos y que nos paraliza ante los relatos de otros que murieron o fueron heridos cuando intentaron defenderse. Le sigo disparando preguntas básicas, de esas que se hacen cuando recién se conoce a una persona.

–Bueno y aparte de que ya conoces el ambiente de las fiestas electrónicas, ¿qué otra música te ha gustado?

–¿Música colombiana? La que más me ha gustado es el reguetón. No, miento, la que más me ha gustado es la salsa.

Sonrío y le cuento que es el género que más se escucha en mi ciudad.

–¿De Cali? ¿Eres de Cali? –me pregunta y yo me delato.

–¡Quiero ir a Cali y quiero aprender a bailar salsa! –exclama, con emoción

–Cuando quieras, yo te puedo enseñar, para que vayas a Cali hecho todo un salsero.

–Esta bien, pero con algo de aguardiente –me dice, y enseguida me confiesa su amor por esa bebida. Sostiene que a todos los lugares que va de fiesta bebe unas cuantas copas, que es una suerte de Nirvana anisado, que pese a que en ocasiones le ha borrado los recuerdos de la noche anterior no deja de gustarle.

Oscurece y el rostro de piel oscura de Sid ya no es tan visible. Después de tres cafés retomamos la caminata, le hemos dado una vuelta a la manzana de su edificio, es evidente que queremos seguir conversando y Sid no quiere irse tan pronto a su casa. Me doy cuenta que es muy fácil charlar con este chico, es bastante espontáneo y hay algo de gracia en las cosas que cuenta. Finalmente llegamos a la entrada del edificio y nos despedimos.

–Ha sido una buena tarde –le digo– la próxima te invito a bebernos unos aguardienticos.

Ríe sin ocultar algo de regocijo con lo que le acabo de decir. Después agita su mano en señal de despedida y desaparece.

House is our nation

Son las tres de la tarde de un sábado soleado. Estoy en la sala de mi casa con mi amigo Manuel y recibo un mensaje de Sid: “vamos a la 92 con Circunvalar en una hora, hay un sunset party en un sitio que se llama GrindHouse! Espero verte allá”.

No he escuchado nunca del sitio y se lo digo a Manuel, quien accede emocionado: “¡Vamos ya mismo!”, dice.

Pedimos un taxi, por el camino recogemos a otros dos amigos y en una hora estamos en la puerta de GrindHouse. Me llama la atención la entrada del lugar: el camino de subida está adornado de pequeñas luces colgantes, las paredes y el sendero son de piedra, es algo estrecho pero agradable. Una vez adentro me detengo en los detalles y la decoración; el suelo es de césped sintético, abundan las luces colgantes, se trata de un sitio pequeño con mesitas de madera y al aire libre,

por lo que el frío cala los huesos. El dj toca electrónica *lounge*, suave, como para no enloquecer. Hay más hombres que mujeres. La mayoría llevan puestas camisetas estampadas muy pegadas al cuerpo y abunda el look alternativo. Hay algo en este lugar que lo hace distinto, similar a lo que ocurrió el día que salí de fiesta con Hadeer. Manuel se me acerca, me pone una mano en el hombro, se queda mirándome con una sonrisa pícaro y me dice al oído: “se me olvidó decírtelo, estamos en un bar gay”.

Todo se aclara: la cantidad de hombres, los adornos en la ropa, la forma de bailar, los gestos, los movimientos, no sé cómo no lo deduje antes de venir: empezando por la rapidez con la que Manuel accedió a venir conmigo, él es gay. Es mi primera vez en un bar de estos en Bogotá, no hay tensiones en el ambiente, me siento cómoda, al igual que mis otros amigos heterosexuales. Aún no he visto a Sid.

Un grupo de promotores de Jack Daniels hacen actividades para regalar vasitos de whisky, todos participamos solo para recibir bebidas gratis. El juego consiste en ponerse unas gafas de realidad virtual y observar una muestra del método de destilación del bourbon con algunos efectos especiales. Cuando me quito las gafas, para mi sorpresa, a la primera persona que veo es a Sid. Estuvo mirándome casi todo el tiempo mientras yo veía el video y llevaba riéndose esos dos minutos de lo ridícula que me veía con esas enormes gafas, girando la cabeza en varias direcciones, como si siguiera el trayecto zigzagueante de un insecto. Incluso, me filmó con su teléfono para enseñarme lo tonta que me veía.

“!Todo por un trago gratis”, le digo, pasándole el vaso de whisky para que beba un poco.

Sid llegó con Henrique, un chico de Brasil que aterrizó en la ciudad hace tres meses como parte del intercambio con el Aiesec. Henrique es alto, de ojos azul intimidantes, barba incipiente y

tiene una risa que parece venir desde lo más profundo de su ser. Junto a Sid conforman una pareja cómica de un show de televisión gringa.

Sin más, les suelto la pregunta obvia:

–¿Ya sabían que este sitio es un bar gay?

Ambos se miran y suspiran. Sid me dice:

–Por supuesto que lo sabíamos, ¿por qué crees que queríamos venir? Henrique y yo somos gays.

Su confesión me toma por sorpresa, no había notado en él ninguna expresión que lo delatara.

–¡No lo sabía Sid! Para ser te sincera, no te lo había notado.

–Lo sé, no se me nota mucho, porque puedo ser gay pero no soy mariposón.

Lo escucho decir esa palabra y estallo de la risa.

–En serio, aquí en Bogotá hay muchísimos mariposos. Me tiene impresionado, eso ya no me gusta.

Henrique tampoco parece homosexual, podría decir que son los menos afeminados del bar.

Aprovecho la conversación y ahondo en el tema.

–¿Cómo es eso en la India? –le pregunto.

–De hecho es ilegal, allí te meten a la cárcel si te ven con un hombre.

–¿Y te ha pasado eso?

–Sí, una vez nos cogieron a unos doscientos en una fiesta gay, a todos nos pusieron tras las rejas.

Impactada con esto que me cuenta pienso en la libertad que debe sentir el aquí. Es cierto que en Colombia el tema de la homosexualidad aún es un tabú, sin embargo, no es ilegal, no te meten a la cárcel por andar en un bar besándote con otro chico.

Le pregunto por esta sensación de libertad y me responde que ha sido más que evidente.

–Nunca me había sentido tan tranquilo viniendo a estos lugares, en Mumbai eso es algo que no podía hacer y aquí lo estoy disfrutando como nunca en mi vida. Incluso, aquí logré salir del closet, en la India todavía no he tenido la valentía de hacerlo.

–¿Y tus padres? ¿Cómo se tomaron esta noticia?

–Mis padres no lo saben aún.

Sid es hijo único, en una sociedad en la que las familias suelen tener hasta cinco hijos o más. Esa posición lo llena de temor para confesarle a sus padres sobre su orientación sexual. El tema de la homosexualidad y el hinduismo es complejo -me cuenta-, pues generalmente la religión no condena la homosexualidad, pero la sociedad ha decidido por cuenta propia sentenciarla y llenarla de restricciones.

El frío es espantoso, me doy cuenta que no puedo parar de bailar, pero no es por la música, es por la necesidad de moverme para calentarme un poco. Descubro que la música es típica de los bares gays que había conocido en otras ciudades y países, suena un estilo de *house-disco* pero de esos que únicamente suelen poner en estos lugares, con este ambiente. A Sid no le gusta, me dice que es una música horrenda, él prefiere el lado más oscuro de este género, el *techno-house* puro. Les propongo a los dos ir a una fiesta que ha organizado un amigo esta noche, “*House is our Nation*”, en un lugar ubicado en la calle 85 llamado Floyd. Emocionados, aceptan la invitación. Nos bebemos rápidamente unas copas más de esos Jack Daniels regalados. Los consumimos como si fuera agua, sin percatarnos que en una hora ya todos estaríamos contagiados por el efecto del whisky. Antes de irnos nos lanzamos a la pista a bailar, a ninguno le gusta la música del lugar pero nos estamos congelando.

Henrique se nos pierde y regresa veinte minutos después con sonrisa de picardía.

–¡No saben lo que me acabo de encontrar en el baño!

Todos queremos saber qué se encontró, pues su expresión es como la de un niño al que le acaban de regalar un dulce.

—¿Qué te has encontrado? ¡Muestra, muestra! —exclama Sid, ansioso.

Henrique se mete las manos a los bolsillos, en una sostiene algo que no logramos identificar y en la otra el teléfono celular que hará las veces de linterna.

Henrique dice que se ha encontrado dos moños de marihuana, Sid se emociona y yo me río.

—¡Eres el mejor! —le dice al brasileño y lo abraza.

Cuando conocí a Sid mencionó que le gusta el cannabis, incluso habló de esa planta con argumentos de experto; hizo una amplía descripción por tipo y lugares de origen: en Salento se cultiva la mejor, la de Medellín es potente y la de Villa de Leyva te transforma, sostuvo.

—En Colombia he probado la mejor yerba del mundo —me dijo en una ocasión.

Son ya las once y media de la noche y les propongo a todos que nos vayamos para Floyd, la fiesta allá ya comenzó, pero Manuel y mis otros amigos se quedan en GrindHouse. A dos cuadras de Floyd se escucha el bajo atronador de la música y noto los gestos de emoción de Henrique y Sid; se frotan las manos, se muerden los labios, están hambrientos de fiesta. Con los supuestos moñitos de marihuana que el brasileño dijo haber encontrado en el baño su fiesta ya estaba completa.

Floyd es un bar con un ambiente que simula la naturaleza. Su decoración estilo *vintage* se mezcla con esculturas de animales y plantas exóticas. Del techo cuelgan unas lámparas gigantescas bordadas en mimbre que le dan cierta personalidad al lugar. Y la música, ¡Por favor! El dj está mezclando el *House* de vinilos que tanto queríamos escuchar. Esta es una de las cosas que me unen a Sid, a ambos nos gusta la misma música y la fiesta en general. Ya adentro, notamos que el whisky nos ha hecho efecto, estamos felices. En medio del baile Sid saca de su bolsillo una pipa

de vidrio adornada con arabescos, me cuenta que la compró en La Candelaria y piensa estrenarla esta noche.

–¿Llegó la hora de la yerba? –le pregunta Henrique.

–Llegó la hora de la yerba –responde Sid.

El indio toma entre sus manos uno de los moñitos de marihuana y los desmenuza como quien le quita motas al saco de un bebé, con algo de parsimonia y cierta suavidad, con algo de ternura.

Una vez llena la pipa, la enciende, le da una calada profunda, cierra los ojos, sostiene la respiración y luego deja escapar de a poco el humo en un trance de relajación, como si ese momento lo hubiera esperado toda la noche. Da un par de caladas más y le pasa la pipa a Henrique que repite el ritual. Con la yerba en sus cabezas estos dos chicos se convierten en los más animados de Floyd y dejan ver su lado afeminado. La mezcla del whisky con cannabis los ha montado en una montaña rusa de emociones: los dos han comenzado a bailar alocadamente, alzan los brazos, aplauden, mueven la cabeza, zapatean, zapatean y vuelven a zapatear. Me emociona verlos en ese trance, al punto que siento que algo de su energía y felicidad me invade, de manera que me uno al zapateo; la noche se ha convertido en un alocado y largo orgasmo musical, los tres conocemos la canción que suena, los tres la entonamos, seguimos enardecidos el ritmo con los ojos cerrados y sin parar de bailar:

“You see people, House is more than a nation, House is a feeling, House is a sanctuary, House is a release”, dice la letra que los tres gritamos.

Una vez despertamos del trance musical, Sid me agradece y yo le correspondo por haber vivido juntos este momento y de paso comprendo que siempre es posible compartir una experiencia agradable con alguien de otra cultura, con alguien que en principio puede parecer tan lejano.

Le pregunto a Sid si nuestra fiesta le resulta similar a las de la India y me responde que la cultura electrónica de su país tiene influencias psicodélicas, algo que llaman: “Psychedelic India” (La India psicodélica).

–Y ¿cómo es eso? –le pregunto, mientras seguimos bailando.

Me explica que las personas comparten una misma burbuja, bajo el influjo del LSD que los transporta a una experiencia sensorial y eufórica propia de la psicodelia. Y concluye con un “algún día te llevaré a vivir una fiesta al mas puro estilo indio.”

Nuestra fiesta se extiende por un rato más, sin embargo, el punto culmen de la noche ya ha pasado.

Thik-raho

Es un martes y la tarde comienza a caer, debo encontrarme con Sid para grabar un video que me pidió el Aiesec hacer con él. Solemos vernos por temas distintos a los de la oficina: un café, caminar, una fiesta, pero hoy es distinto. Le digo al portero que voy para el apartamento de Sid, el chico de la India.

–Ay reina viven tantos extranjeros acá que no se cuál es ese –me responde el hombre.

Hago una escueta descripción: alto, moreno, muy indio.

–Sí, sí, creo que ya se cuál es.

Me anuncia y sigo.

Antes de tocar el timbre Sid abre la puerta, está descalzo, lleva puesto un pantalón de sudadera gris y una camiseta roja con una frase de la serie de televisión The Big Bang Theory: “*knock, knock, Penny! Knock, knock Penny!*”.

Verlo con esa camiseta me recuerda a Rajeesh el personaje indio de la serie.

–Me robaré tu camiseta –advierto.

El apartamento de mi Rajeesh es lo opuesto a la fachada desvencijada del edificio; es moderno y espacioso, pero al parecer un huracán pasó por allí y dejó en el mesón de la cocina cinco cajas de pizza de Archies, varias botellas de Coca-Cola, sartenes y platos apilados, latas de cervezas vacías en el comedor, en la sala, en los asientos, al lavaplatos no le cabe un tiesto más y la caneca la basura está atiborrada. La evidencia de una de sus fiestas.

–Mañana viene la *maid* a limpiar –asegura.

Nada de esto me parece extraño, sé lo que es vivir con varias personas. Sid comparte el apartamento con dos hermanos ingleses que trabajan en la embajada de su país. Son una suerte de hermanos Wesley de Harry Potter: simpáticos, cabello rubio rizado, ojos claros, piel blanquísima, mejillas coloradas.

Sid ofrece encender el hookah o narguile y acepto que fumemos porque nunca antes lo hice con un indio. Le doy una calada y Sid me corrige y me enseña cómo hacerlo.

–Tienes que saborear la esencia, eso no es un cigarrillo. Aquí si puedes disfrutar su sabor por varios segundos, aprécialo, percibe las sensaciones que te dan cuando llega a tu cerebro.

Mientras fumamos me cuenta de su viaje de una semana a Palomino, La Guajira, de donde acaba de regresar.

–El mejor viaje que he hecho hasta ahora. Estuve en un lugar llamado Maica, unas cabañas con vista al mar y acceso a playa privada. Dormimos en hamacas, fumamos yerba todo el día en la playa hasta que caía el sol. En la noche prendimos fogatas y bebimos “chirrinchi”, el licor del desierto guajiro, hasta que uno a uno comenzaban a caer. Amanecíamos y volvíamos a empezar. Así fueron nuestros días allí.

La forma en que me describe este viaje me estremece, parece relatar una crónica de “Las aventuras de un indio en Palomino”. Su relato es un deleite que logra dibujar en mi cabeza las

escenas que describe y me transporta un rato a esos lugares. Pero una vez termina su historia regreso al sofá de su casa, al frío bogotano, a su desorden.

Quiero quedarme en este sofá mientras escucho sus historias en Palomino, pero le recuerdo que realmente he venido para grabar el video. Antes de encender el aparato Sid confiesa que no le gustan las cámaras y menos para hablar de sus experiencias locales, pero rápidamente se suelta.

–En Colombia están las personas más felices del mundo y pues... este es el lugar de la salsa, imagínate entonces lo bien que la puedes llegar a pasar. Solo sé tú mismo y los colombianos te harán sentir uno más de ellos –dice, para concluir la grabación.

Una vez terminamos me muestra su casa, vamos a su cuarto que es espacioso y organizado. Las paredes están adornadas con unas pinturas que él mismo ha hecho. Una de ellas parece ser un ojo, pero tiene la pupila blanca y el iris amarillo y rojo.

–¿El ojo del fuego? –le pregunto.

–No me preguntes qué significan estas pinturas. La verdad es que no lo sé.

Me confiesa que esos dibujos bizarros los ha hecho bajo los efectos del LSD.

–¡Cierto! Olvido que estamos al lado del indio psicodélico –bromeo.

Pero es la verdad, en medio de sus alucinaciones junto con un poco de pintura y una tela Sid creó un estilo de arte psicodélico o “arte del LSD”.

Hay también una serie de simbolitos dibujados a lo largo de la tela sin ningún orden específico. Identifico el “ying yang”, un hakenkruz de estilo particular y la silueta de su mano marcada en una esquina. El resto son jeroglíficos suyos de los que también desconoce su significado.

Regresamos a la sala y al narguile.

–Ya puedes decir que has fumado hokaah verdaderamente –me dice.

Se hace tarde, me despido de Sid, le agradezco por enseñarme a fumar pipa de agua y por la grabación.

–*Thikraho* –le digo, o creo decirle.

Me mira con extrañez. Días antes me enseñó a despedirse en hindi: “Thikraho” que significa “*be safe*” o “cuídate”. Pero no practiqué la acentuación y no sé qué barbaridad dije por esa mirada desconcertante. El problema de algunos idiomas es que pueden transformar una despedida en un insulto.

Sid ríe y me corrige:

–Thik-ra-ho –dice, pausadamente.

–Thik-ra-ho –repito, pausadamente.

Sid me hace un gesto con la cabeza de aprobación, sonrío y cierra la puerta.

Un guía turístico indio

Es sábado, son más de las tres de la tarde y hace unos minutos granizó, ahora hay sol pero hace mucho frío. Caminamos por el centro de Bogotá, partimos del Centro Internacional Tequendama, pasamos junto al Centro de Comercio Internacional, la Torre Colpatria, el Museo Nacional, el Museo de Arte Moderno, la Personería y el edificio del Banco de la República.

Hoy soy una turista más y Sid mi guía. Yo nunca había ido al centro, en cambio él se la pasa aquí, es uno de sus planes preferidos.

–Es un sábado que se siente domingo, ¿no crees? –me pregunta, mientras recorremos una de las vías peatonales.

–Creo que es porque estamos haciendo un plan muy dominguero –respondo.

El plan de los domingos de Sid consiste en recorrer las calles del centro, detenerse a ver el trabajo de los artistas callejeros, observar artesanías, sentarse en una banca a fumar, dejar pasar

el tiempo, ver pasar la gente. Le digo que tenía una imagen mucho mas demacrada del centro de Bogotá, en parte por una descripción suya.

–¡El centro es sucio, muy sucio! y hay indigentes fumando bazuco –me dijo aquel día.

Ahora le recalco que me imaginaba algo mucho peor, una imagen paupérrima.

–¿Como es el centro de Mumbai? –le pregunto.

–Bueno, no sabría por dónde empezar. Es algo así como una combinación entre modernidad y pobreza. Mumbai tiene un gran poder colonial, por lo que en el *downtown* podrás ver varias infraestructuras coloniales que se mezclan con los modernos edificios como el centro financiero y de negocios. Pero si crees que en la India hay sobre población, ve al centro de Mumbai, ahí verás realmente lo que son ríos de gente. Algunas calles son angostas y sucias y si te metes por alguna de estas puedes encontrarte con la verdadera cara de la pobreza. Hay desechos de comidas, desperdicios de hospitales, basuras que cargan los pobres en los hombros, los olores son muy fuertes y hay animales por todos lados; vacas, perros cabras, chanchos, todos comiendo de la basura, siempre que pases por al lado de una vaca le tocas la cabeza.

Si comparo la descripción de Sid del centro de Mumbai y del centro de Bogotá deduzco que aquí el olor no es tan fuerte todavía y si, hay una cantidad moderada de personas que caminan en un solo extremo de la calle pero es una cantidad tolerable, que no agobia. A pesar de unos cuantos indigentes que nos encontramos cada 40 o 50 metros, pasan señores y señoras bien vestidos, enfundados en sus trajes de oficinistas, señoras con tacones y bolsos de calidad, las veredas están limpias, quizás no todas, al menos las que hemos recorrido.

Hemos llegado a la Plaza de Bolívar, la imaginaba más pequeña. Sid me señala el Palacio de Justicia, la Catedral Primada y el Palacio Liévano. No hay mucha gente, tal vez la lluvia espantó cualquier idea de concentración hoy en la Plaza, pero hay un sinnúmero de palomas, algunas

comen del maíz que les tira la gente y que hombres y mujeres venden en pequeños paquetes de plástico, es todo un negocio. Las palomas se cuentan por decenas; revoletean, no se espantan con la gente, algunas vuelan en banda, se cruzan entre ellas, son las propietarias del lugar. Le digo a Sid que no debería llamarse la Plaza de Bolívar sino la Plaza de las Palomas. En Colombia estos animales suelen ser vistos como una plaga y algunas personas las llaman “ratas con alas”. Sid me cuenta que en la India, en cambio, estas aves tienen carácter sagrado, representan el espíritu santo.

Nos acercamos a la estatua de Bolívar, en el corazón de la Plaza. En este momento trato de cambiar papeles y ser yo la guía turística, me torno seria y le cuento algo de nuestra historia local a este indio viajero.

–Esta estatua ha permanecido aquí desde 1846, si no estoy mal, y ha sido testigo de gran parte de las historias que han creado el tejido de esta ciudad como la toma del Palacio de Justicia y el Bogotazo.

Para mi sorpresa, Sid ya estaba enterado de algunos de esos eventos.

–Antes de venir a Colombia ya había leído algo de esos sucesos, por ejemplo, leí sobre el incendio del Palacio de Justicia, del cual estuvo detrás Pablo Escobar, una historia que no deja de sorprenderme. También había leído sobre el asesinato de Juan Eliécer...

–Jorge Eliécer Gaitán –le corrijo.

–Jorge Eliécer Gaitán –repite y habla del Bogotazo y del posterior periodo de represalias y violencia que desencadenaron su muerte.

–Bueno, oficialmente ya puedes ser guía turístico del centro de Bogotá –le digo, en tono de burla.

—¿Te imaginas un indio de guía turístico en Bogotá? Nadie va a creer en mí —me dice, en tono de autocompasión.

Nos enfilamos hacia La Candelaria. ¡Qué barrio más hermoso! El estilo colonial, sus callecitas..., huele a historia, a tradición. Nos detenemos en los nombres del sector: “Calle de la cajita de agua”, “Calle del pecado mortal”, “Calle del divorcio”, “Calle patio de las brujas” y la “Calle del chorro de Egipto” que me recuerda a mi amiga egipcia Hadeer, con la que Sid no solía llevarse bien.

Llegamos al Chorro de Quevedo, esa pequeña plazoleta de ambiente bohemio con sus cuenteros, malabaristas, artistas urbanos. Nos instalamos allí y contemplamos. Hay varios grupos reunidos que realizan diferentes actividades: algunos charlan, no charlan, otros miran artesanías, unos se ríen del mimo que exagera sus gestos.

—¿Ahora entiendes por qué este es uno de mis planes más frecuentes?

—Por completo —respondo—, creo de que de ahora en adelante me uniré a tus planes de venir a La Candelaria los fines de semana.

—No sé si te hayas dado cuenta pero no es solo que estos rincones tengan algo mágico, sino que aquí es donde puedo conocer la verdadera parte urbana de Bogotá, la mejor cara de su cultura. Y así es, aún no entiendo porque no había venido antes a este sector de la ciudad, tan lleno de misticismos. Cuando crees que en Bogotá hay un *non plus ultra* de lo que has conocido, aparecen dos extranjeros que te llevan descubrir lugares incógnitos.

La tarde se diluye y la lluvia que cayó hace unas horas ha teñido el cielo de tonos rojos y violetas. Seguimos nuestro recorrido hasta el “Callejón del embudo”, una calle angosta cuyas paredes están tatuadas con grafitis, hay algunas pequeñas tiendas artesanales y letreros en las puertas de algunas cafés en los que aseguran que “sí hay chicha”.

–Ya puedes decir que conoces el centro de Bogotá. Dice Sid.

Así es, conocí el centro de Bogotá junto a un chico de Mumbai, que fue mi guía.

Un poco de India en Bogotá

Es un sábado frío y con el cielo encapotado de nubes. Recojo a Sid en su casa a las dos y media de la tarde. Unas horas antes me había enviado un mensaje para recordarme que hoy es el *Global Village*, una feria multicultural que organiza el Aiesec todos los años, en donde los extranjeros que se encuentran en Bogotá asisten y hacen una pequeña exposición sobre su país y cultura.

Una vez Sid entra a mi carro empiezo a hacer bromas sobre su atuendo: tiene puesto un *Kurta* de color vino tinto, la prenda típica de los hombres de la India, se trata de una camisa suelta que cae por debajo de las rodillas. Hace juego con sus pantalones caqui y las alpargatas blancas.

–¡Namaste! –exclamo al verlo– Estas cien por ciento hindú hoy.

–Me veo ridículo, es la primera vez que uso este atuendo en Bogotá –dice, mientras se mira por el espejo retrovisor y se acomoda el cuello del *Kurta*.

–Bueno, al menos estás cómodo.

El evento es en La Villa, un bar en la calle 85 que suele ser frecuentado por extranjeros y algunos locales cada fin de semana. No hay mucha gente, solo están los organizadores junto a dos alemanes y tres franceses. Los latinos no han llegado, como era de esperarse. El evento debía empezar hace una hora. El puesto de Sid está en una esquina; él ha traído unas imágenes de la India en papel. Mientras le ayudo a pegarlas, me explica su significado: Shiva Nataraja es el señor de la danza de la destrucción, una de las deidades más simbólicas del hinduismo, se trata de una figura suspendida en perfecto equilibrio dentro de un círculo de fuego. El otro es Ganesha, el famoso cuerpo humano con cabeza de elefante.

–El Ganesha es el dios de la sabiduría, le rezamos principalmente al comienzo de algún ritual y es reconocido por su fuerza para ahuyentar obstáculos. En la mayoría de casas indias vas a encontrar esta figura, especialmente en las puertas, pues él protege de las energías negativas. En la tercera imagen hay un ambiente de fiesta hindú tradicional y la siguiente muestra un festival de música electrónica con la siguiente frase: “*Pshychedelic trance festivals to beat the heat*”, lo que me recuerda el “Pshychedelic India” del que Sid siempre me habla, tan representativa de las fiestas de su cultura.

La última imagen es la bandera de India. Sid me hizo una exposición privada antes de que llegaran los invitados. Para sacarlo de su zona de confort le pido que la vuelva a repetir en español, pues es así como debe presentarla.

Dos horas después llegan los invitados justo cuando los alemanes y los franceses estaban al borde del aburrimiento y con evidente irritación. Los latinos ya están aquí: seis venezolanos, cuatro brasileños, dos guatemaltecas, por ellos esperamos todo este tiempo.

–Lo vas a hacer muy bien, no lo dudes –animo a Sid.

Recorro los tenderetes de los alemanes y pruebo una cerveza llamada *Köstritzer Schwarzbier*, en el puesto de los brasileños me saluda con Henrique y me deleito con un *Beijinho de coco*, los venezolanos me ofrecen dos arepitas y unos deditos de queso típicos que no rechazo.

En el puesto de Sid no ofrecen comida, solo charla.

–La mayoría de personas de Bogotá dicen que parezco barranquillero, entonces ya cuando me preguntan que de dónde soy digo que soy de la costa –relata Sid y quienes lo escuchan se ríen.

Lo que interrumpo:

–Sí, todos creen que es barranquillero y él se siente más que orgulloso de eso.

–¡Pues claro! ¿Cómo no me voy a sentir orgulloso de que crean que soy colombiano?

El público celebra con aplausos.

La presentación finaliza con un video titulado “Incredible India”; cinco minutos de paisajes, monumentos, ríos, naturaleza, animales, gentes, cultura, gastronomía, danzas y rituales de ese país.

—¡Están bienvenidos cuando quieran ir a la India—remata Sid, una vez concluye el video.

Los asistentes vuelven a aplaudir, se escuchan silbidos de celebración, unos cuantos le dan la mano, lo felicitan, yo lo abrazo y le reitero: “¡Te dije que lo harías genial!”.

Sonríe, no oculta su orgullo, se siente aliviado de haber expuesto en español; él, que habla seis idiomas.

Después de las presentaciones, los organizadores quieren hacer una actividad con todos los extranjeros, lo que nos obliga a escapar del lugar.

Afuera Henrique se queja del cansancio y Sid de su atuendo hindi. Nos enfilamos al centro comercial Andino para que se cambie.

—¡Por fin! Me siento colombiano otra vez —dice aliviado Sid, vestido de camiseta gris y jean.

Henrique toma un taxi hacia su casa, mientras Sid y yo caminamos hacia el Parque del Virrey.

Son las seis de la tarde y hace frío. Sid saca su pipa de marihuana, da tres caladas y la guarda. El Virrey está bastante lleno, es sábado familiar: personas en bicicletas, familias que juegan con sus mascotas, gente comiendo helados de La Paletería, otros beben café en el Juan Valdéz de la esquina. Nosotros caminamos y nos adentramos a un lugar oscuro del parque, cerca de la Autopista Norte, le digo a Sid que nos devolvamos, pues me ataca la “paranoia colombiana”. Él se ríe, me asegura que no nos pasará nada, que es un experto en defensa personal.

—¿Ah sí? ¿Y qué pasa si llegan cinco tipos con cuchillos? —pregunto, en tono de burla.

—¿Solo cinco? Eso es pan comido para mí.

Entonces me hace una demostración de sus técnicas marciales: la emprende a golpes contra un enemigo invisible, al que le lanza patadas que suenan como silbidos cortando el viento.

—¡Esta bien Sid! —confío en que contigo no nos pasará nada malo—, le digo.

Continuamos el recorrido y tras su demostración le digo que está listo para vivir en Bogotá.

—¿Por qué no te quedas a vivir aquí Sid?

Hace poco le ofrecieron un contrato indefinido en Merck, que significaría quedarse más tiempo en Bogotá.

—Créeme, lo que más deseo es quedarme aquí, el estilo de vida en este país es mucho más fácil que en la India, especialmente en Mumbai. Allá la gente está obsesionada con trabajar arduamente y la vida va a millón, aquí se toman la vida con más calma y menos desgaste; disfrutan el día a día y eso es algo que he venido aprendiendo desde que pisé este país. Siento que nací para vivir una vida así, tranquila, feliz, libre. Te repito, lo que más deseo es quedarme, pero tampoco puedo dejar solos a mis padres, recuerda que soy hijo único y ellos han hecho mucho por mí. Recuerda también que cuando nos conocimos te conté que mis planes son los de recorrer el mundo y no quedarme en un solo lugar, aunque claro, si puedo quedarme un tiempo más en Colombia yo seré todavía más feliz.

Le hago a Sid la misma pregunta que le hice a Hadeer el último día que nos vimos:

—El día que te vayas... ¿cuál va a ser la mejor imagen que te llevas de la ciudad?

—Pues, ¡me llevo todo! Pero especialmente la congregación de varias culturas. Aquí tienen a los “rolos”, un poco reservados pero también muy alegres. Al mismo tiempo puedes notar el acento cantado de los paisas, puedes observar la forma increíble de bailar de los caleños y puedes escuchar el raro e incomprensible acento de los costeños. Sinceramente, Colombia es mi lugar favorito en el mundo. Lo más especial de este país es su gente; lo que te digo, ustedes me han

enseñado a valorar cada momento, a disfrutar la vida sin importar lo que suceda o que problemas pueden haber alrededor. Y claramente, el mejor ingrediente que tienen para esto es el aguardiente, esa bebida espirituosa sí que me hará falta.

Le confieso que yo también sería feliz si él se quedara un tiempo más en Bogotá.

Es tarde y estamos cansados, nos montamos a mi carro, escuchamos un poco de ese *techno-house* que nos gusta hasta llegar a su casa. Él se baja, me agradece por traerlo y por otro gran día.

Yo sonrío, le agradezco también y le hago un gesto de despedida con la mano. Cuando lo veo alejarse, bajo la ventana del carro y le grito:

—¡Sid!

Se da la vuelta y me mira.

—¡Thik-raho! —le grito

Sonríe y responde haciendo un movimiento bajando la cabeza

—Thik- raho —Natalia.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexievich, S. (2015). *Voces de Chernóbil, crónica del futuro*, Bogotá: Grupo Editorial Penguin Random House.
- Anderson, J. L. (1992). *El poder de García Márquez*, plantilla de Google Docs. Recuperado de <http://bit.ly/1GV96Bg>
- Berganza Conde M. R. y Ruiz San Román J. (2005). *Elementos para la construcción del conocimiento científico en: investigar en comunicación. Guía prácticas de métodos y técnicas de investigación en comunicación*, Madrid, España: McGraw-Hill.
- Caparrós, M. (22 de enero de 2012). *Por el estilo*. [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://blogs.elpais.com/pamplinas/2012/01/por-el-estilo.html>
- Capote, T. (15 de junio de 2010). *Una adorable criatura*. [Mensaje de un blog]. Recuperado de <https://lecturasperiodismonarrativo.wordpress.com/2010/06/15/una-adorable-criatura-por-truman-capote/>
- Chillón, L. A. (1999). *Literatura y Periodismo: una tradición de relaciones promiscuas*, Barcelona, España: Aldea Global, 1999.
- Gil, V. y Rosas, A. (2010). “*El arte de Investigar y sus implicaciones*” en: *El arte de investigar*. México, Universidad Autónoma Metropolitana. PP 141-151.
- Guerriero, L. (2016) *Periodismo narrativo en Latinoamérica: Recopilación de crónicas con chispa*. [Mensaje de un blog]. Recuperado de <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/category/leila-guerriero/>
- Hernández, B. (2013). *El arte de escribir una crónica, figuras literarias en Esclavas del poder, de Lydia Cacho*, tesina de Bachillerato, Suecia, Lunds Universitet.

- Hoyos, J.J. (2003). "Volver a narrar" en: *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia, PP 33-54
- Kapuscinsky, R. (1996). *Apuntes nómadas*, Revista Nexos. Recuperado de <http://www.nexos.com.mx/?p=8020>
- Kapuscinsky, R. (2011) *Periodismo narrativo en Latinoamérica: Recopilación de crónicas con chispa*. [Mensaje de un blog]. Recuperado de <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/category/ryszard-kapuscinski/>
- Lbo, G. (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito: La crónica contemporánea en América Latina*. [archivo PDF]. Buenos Aires: Ediciones Al Margen. Recuperado de <http://www.javeriana.edu.co/redicom/documents/Traslahuellasdelaescrituraentransito.pdf>
- Loudior, W.E. (2015). *Migración y derecho global, introducción a las migraciones contemporáneas*. Bogotá, Departamento de Filosofía e historia del derecho, Pontificia Universidad Javeriana.
- Martínez, T.E. (1997). *Periodismo y Narración: Desafíos para el siglo, XXI*, [archivo PDF]. Guadalajara, México: Conferencia en la asamblea de la SIP. Recuperado de http://www.fnpi.org/fileadmin/documentos/imagenes/Maestros/Textos_de_los_maestros/periodismo.pdf
- Moreno Hernández, D. (2005). *Taller de perfiles con Jon Lee Anderson. El arte de dibujar, con palabras, a una persona*. [archivo PDF]. Buenos Aires, Argentina: Nuevo periodismo: Fundación nuevo periodismo iberoamericano. Recuperado de <https://inem11.files.wordpress.com/2015/06/el-arte-de-dibujar-con-palabras-a-una-persona.pdf> PP, 12

- Santoro, D. (2004). *Cómo organizar una investigación y no morir en el intento*” y “Comienza la cacería en: *Técnicas de investigación. Métodos desarrollados en diarios y revistas de América Latina*, México: Fondo de cultura económica. PP 29-57
- Sims, N. (2002). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*, Bogotá, Colombia: El Áncora Editores.
- Talese, G. (2012) *Periodismo narrativo en Latinoamérica: Recopilación de crónicas con chispa*. [Mensaje de un blog]. Recuperado de <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/category/gay-talese/>
- Tirzo, J. (2012). Relatoría del *Taller de periodismo narrativo para la información cultura con Leila Guerriero*, Seminario. México: Nuevo Periodismo: Fundación nuevo periodismo iberoamericano, Recuperado de <http://bit.ly/1LJ4dxq>, PP 10.
- Walsh, R. (2010) *Periodismo narrativo en Latinoamérica: Recopilación de crónicas con chispa*. [Mensaje de un blog]. Recuperado de <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/category/rodolfo-walsh/>

DOCUMENTOS DE APOYO

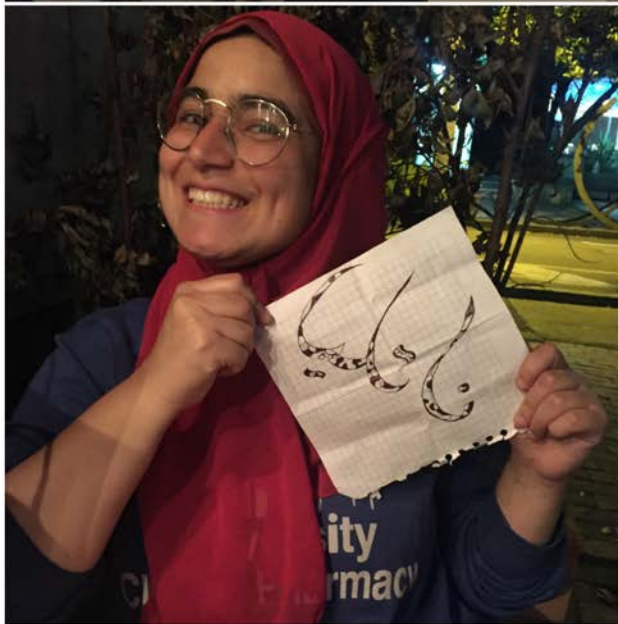
- Aiesec página web oficial.(2016) Recuperado de <http://aiesec.org/>
- Aiesec Opportunities Portal. (2016). *Application analytics*. Recuperado de <https://experience.aiesec.org/#/analytics/applications>

IMÁGENES

- [Fotografía de Fundación BogotART] [Bogotá, Colombia 2015] Recuperado de: <https://www.facebook.com/bogotart/photos/a.1099928653417703.1073741841.571627506247823/1120034241407144/?type=3&theater>

ANEXOS 1

HADEER



ANEXOS 2

SID

